

## *La novela dieciochesca en Azorín*

CÉSAR PÉREZ GRACIA\*

**A**zorín se hizo novelista con su saga inicial de novelas contemporáneas — *La voluntad, Antonio Azorín*—, pero luego evolucionó hacia el ensayo literario y hacia una forma muy peculiar de novela histórica. En reciente visita y conversación con don Julián Marías, en su casa de Vallehermoso, le comenté mi primera lectura de cierta novela muy curiosa de Azorín. Y al decirle el título, me indicó que ese libro suscitó el famoso ensayo de Ortega, *Azorín: Primores de lo vulgar*, 1917. Ortega cifra la afinidad entre Azorín y su personaje Jacinto Bejarano Galavis —estilos o personalidades afines en siglos distintos— como ejemplo de “sinfonismo”, vocablo utilizado por Goethe para hermanar, por así decir, temples o espíritus parejos. Goethe es a Ortega, lo que Bejarano a Azorín. Espejos dieciochescos de españoles de 1916-17.

¿Existió realmente el cura ilustrado Bejarano? Azorín nos cuenta que lo descubrió en una librería de la Cuesta de Moyano. ¿Sucedió así o es el mismo recurso cervantino del autor morisco del Quijote, el manuscrito encontrado en Toledo?

### *La Academia del Buen Gusto*

Así se denominaba un salón de literatos en el Madrid de 1749-51. Un club de caballeros cultivados, como el zaragozano-parisino Ignacio de Luzán, autor de *Memorias literarias de París*, 1751, (curioso su sinfrenismo maño con Julián Gállego), y el Duque de Béjar, libertino y melómano, conocido como “El Sátiro Marsias”.

Azorín era un hurón de librerías de viejo y conocía los secundarios de nuestra historia literaria como nadie. Quizá inventó su Bejarano formando un híbrido, un cruce, entre el Duque

\* Escritor

de Béjar de 1750 y un dominico sevillano de 1600, autor de *Sermones*, llamado Pedro Bejarano. Galavis —según el Madoz— es el nombre de un arroyo cacereño que desemboca en el Tajo.

En todo caso, tengo para mí que acaso esta curiosa novela es el libro más redondo y profundo de Azorín. Jacinto Bejarano es el héroe desterrado de *Un pueblecito: Riofrío de Ávila*, 1916. Ortega tuvo el excelente olfato de ver al trasluz de la biografía de Bejarano —sensual como Montaigne—, la silueta autobiográfica del propio autor. La gracia o enjundia del volumen reside en su juego de planos narrativos, de siglos en escorzo. El Madrid dieciochesco de Bejarano, con sus tertulias de Moratín y Jovellanos, y el Madrid alfonsino de Azorín, con las tertulias de Ortega y Baroja, de Valle-Inclán y Gómez de la Serna.

¿Leemos a Azorín o leemos a Bejarano? El juego de espejos es perfecto. Incluso Ortega añade un espejo nuevo en su ensayo, escribe desde El Escorial, quizá porque también se siente un Bejarano rezagado del siglo XX. Evoca el Madrid de Larra y el Madrid de Bejarano-Cadalso. Por un instante nos sentimos en un posible Burgofrío, trasunto del Madrid de Larra-Azorín-Ortega: ¿escribir en Madrid es rabiar? España como perenne nación — simpática y tediosa— ilustrada a destiempo. Don Julián Marías ha cumplido noventa años y sigue teniendo una memoria prodigiosa. Recuerda incluso el segundo apellido — Galavis— de Bejarano. Ortega cifra la intuición radical de Azorín como un primor de la repetición: vivir es ver volver. Primor del “*déjà-vu*” o visión empírica herrumbrosa. Una suerte de intrahistoria lírica de Azorín, la historia como infinito hormiguero lírico de sosegadas o azacanadas criaturas anónimas.

### ***El Madoz dieciochesco***

Veamos el estilo socarrón de Bejarano. “Estatuas no hay, a no ser que se diga que sus habitantes lo son”, nos dice de Riofrío en su artículo enciclopédico para el *Atlante español*

de 1787, suerte de Madoz dieciochesco. “Por aquí se cogió el maná. No me parece despreciable la noticia”. Hay un tonillo de guasa erudita que prefigura el del Borges-Pierre Menard. Y el narrador Azorín ante la quejumbrosa “prisión de montañas” del pobre Bejarano, replica como en un susurro kafkiano: “de los libros somos prisioneros todos nosotros”.

### ***El “efecto Bejarano”***

¿No tiene Azorín en su Riofrío frases de filósofo discreto? “La imagen de la realidad es mejor que la realidad misma”; “la polarización de una sensibilidad no se improvisa”. Son aforismos azorinianos. Pero lo curioso es que Ortega en su ensayo azoriniano, prolonga en carne propia el destierro de Bejarano-Azorín. El primor de la repetición innovadora fecunda por igual a Azorín y Ortega. ¿No sentimos que Azorín plagia el estilo del filósofo Ortega en su *Riofrío* y que el propio Ortega plagia al novelista lírico Azorín en sus *Primores de lo vulgar*? Hay una curiosa afinidad entre ellos, digamos que el “efecto Bejarano” o escorzo sinfrónico ha hecho mella en ambos. Un cura sensual desterrado en Ávila que echa de menos las tertulias jacobinas de Madrid. Goya y Jovellanos cruzando la noctámbula Plazuela de la Villa rumbo al palacio de Campomanes.

### ***Las Tebaidas hispanas***

Riofrío es la Tebaida de Azorín. Mallorca fue la Tebaida de Jovellanos. Veruela fue la Tebaida de Bécquer. Soria, la de Machado y Julián Marías. El Paular fue la Tebaida de Baroja. Salamanca fue la Tebaida de Unamuno. Lisboa fue la Tebaida de Ortega, cuando escribió allí su Leibniz. Zorzalejo fue la Tebaida regionata de Juan Benet. Venecia fue la Tebaida oxoniense de Javier Marías. La Alcarria fue la Tebaida de Cela. El Jarama, la Tebaida de Ferlosio. Granada fue la Tebaida de Julián Gállego. Santa Clara es la Tebaida donostiarra de Savater. Ortega avista desde El Escorial, La Granjilla, la Tebaida del padre Sigüenza. En los

viej os mapas de la Arabia Félix se descubre la Tebaida primigenia de los eremitas traductores de la Biblia al latín. Este oficio de escribas ascéticos culmina en Flaubert y su Tebaida de Ruán, Croisset. Azorín nos regaló con su Tebaida de Ávila y su Jacinto Bejarano, una preciosa atalaya sinfrónica o novelesca para avizorar el cenizoso y mudadizo horizonte histórico español.

### *La intrahistoria lírica de Azorín*

El interés de Azorín por la novela histórica fue crucial. Quizá sintió, como nadie en España, las lagunas de continuidad de la secuencia novelesca española. *El licenciado Vidriera* se publicó en 1915, reeditada en 1941 como *Tomás Rueda*. Es su ensayo más diáfano de novela neocervantina. A continuación vino la novela dieciochesca de Bejarano en 1916. Ni Villarroel, ni Cadalso, ni Moratín escribieron novela dieciochesca. Valera publicó en 1877 *El comendador Mendoza* y Alarcón, *El sombrero de tres picos* en 1874, ejemplos de novela pompier de casacón. Algo similar sucede en los albores del XIX. Azorín ensaya la novela romántica con *Doña Inés*, 1925, sintiéndose acaso un Azorín-Larra. Estamos en el Madrid romántico. Una dama rompe con su amante y viaja para recluirse en un caserón de Segovia. La saga de novelas históricas culmina con *María Fontán*, 1944, y *Salvadora de Olbena*, 1944, novelas románticas a destiempo que guardan cierta afinidad lírica con *Doña Inés*. María Fontán es un bodegón con rosas amarillas. Evoca y recrea el París de Manet-Zuloaga, incluso el islote dieciochesco de Macanaz desterrado en París. Salvadora de Olbena es una variación de Doña Inés. Azorín tiene en esta novela algo de monarca desvelado de los relojes, mago del tiempo lírico. Hay un tren de Madrid a Olbena, ciudad azoriniana que no viene en el mapa. ¿Es Olbena anagrama de Novela? La novela es un políptico o retablo novelesco de Azorín.

### *Madrid, adiós tu Prado y fuentes*

Estos versos cervantinos nos devuelven al Madrid de Jacinto Bejarano, protagonista de *Un pueblecito: Riofrío de Ávila*. Azorín tenía un aire de momia cervantina, convertida en alambique de frases cristalinas, una especie de Scarlatti de la prosa española del 98. Una obviedad como “Azorín no es Spinoza” la dice el propio autor en su novela *Antonio Azorín*, 1903. El novelista está escamado ante la erudición *snob* a lo Bouvard y el aspaviento jacobino a lo Nietzsche. Su pasión es explorar el lado cervantino de Madrid, la ciudad del Manzanares como populoso zaguán manchego, culminado en *La ruta de Don Quijote*, 1905. Frente al clásico personaje díscolo y cimarrón de Baroja, Azorín opta por personajes discretos y modestos, con una inmensa porosidad para reabsorber los paisajes, el léxico mohoso, la fauna rural de la España de 1900. Ortega cierra su mencionado ensayo imaginando una novela futura de Azorín, la novela de un personaje menor de las Meninas, José Nieto. “Allá, en el fondo del cuadro, se abre una menuda puerta de cuarterones, donde el sol vuelca, en haz fulgurante, sus rayos. Una figura breve, negra y calva, se dispone a salir: de un momento a otro esperamos que la espléndida gloria solar absorba la apariencia tenebrosa de este humilde personaje... Azorín va a convertirlo en protagonista del lienzo famoso”. Azorín como grandeza y miseria de la novela pompier.

Parafraseando al poeta, diremos, sólo lo secundario permanece y dura.